

África, golpe a golpe

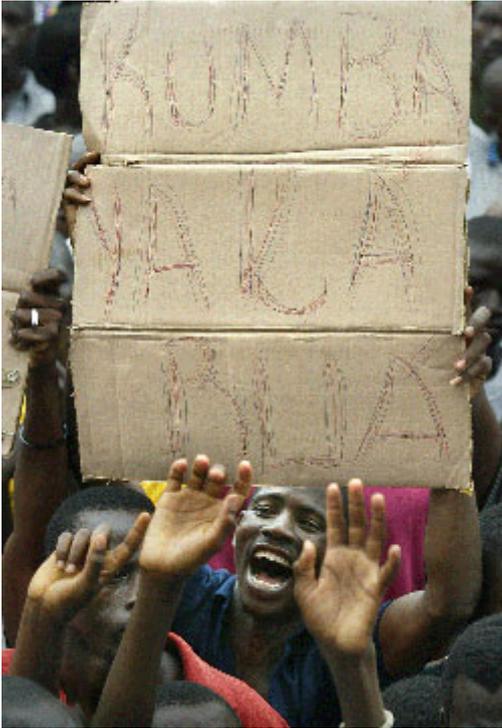
[Paul Collier](#)

- *Journal of Modern African Studies*, vol. 41, nº 3, septiembre 2003, Cambridge (EE UU)

Los golpes de Estado militares han pasado de moda en todo el mundo. En los 70, *los coroneles* tomaron el poder en Grecia, pero hoy, una asonada militar en cualquier lugar de Europa sería impensable. Incluso en América Latina, en su día epicentro mundial de las sublevaciones militares, una acción así sería recibida con burlas. Sólo en África el golpe militar sigue siendo un aspecto recurrente de la vida pública.

Patrick McGowan, politólogo de la Universidad Estatal de Arizona (EE UU), traza la historia de los golpes de Estado africanos –los consumados, los fallidos y los derrotados– en un estudio publicado recientemente en el cuatrimestral *Journal of Modern African Studies*. Los resultados no son alentadores.

Entre 1956 y 2001, sólo tres países se mantuvieron a salvo de insurrecciones militares o conatos: Botsuana, Cabo Verde y Mauricio. En esos años, en 30 países africanos triunfaron en total 80 cuartelazos; todos estos Estados, excepto las islas Seychelles, se enfrentaron además a otras asonadas fallidas y a conspiraciones. Pero estas sublevaciones no solían dejar nada en firme; al contrario, en general, animaban a otras facciones militares a probar suerte. De hecho, el 89% de los intentos de golpe en este periodo intentaban derrocar regímenes militares asentados en el poder por el mismo medio.



"Váyase, Sr. Kumba Yala", exige la pancarta al derrocado presidente de Guinea-Bissau, en 2003.

McGowan señala África como la región más proclive a estas aventuras militares, pero cualquier nuevo gobierno africano, elegido de forma legal o impuesto por la fuerza, se enfrenta a un riesgo considerable. Y lo peor es que el autor no encuentra indicios de mejora: en África, los pronunciamientos fueron tan frecuentes en los 90 –supuestamente la década de la democratización– como en las anteriores, que se suponían más sangrientas. La única señal de esperanza es que cada vez tienen éxito con menor frecuencia: si entre 1966 y 1977 se llegó a la cifra del 74%, en el periodo de 1996 a 2001 sólo triunfaron el 38% de las intentonas.

El autor se propone documentar esta epidemia más que explicarla, y realiza un trabajo meticuloso. Sin embargo, esquiva la cuestión fundamental: ¿por qué continúan los golpes en África cuando el resto del mundo ha repudiado esta absurda forma de cambio de régimen?

La persistente vulnerabilidad de África a las asonadas militares está vinculada a la falta de legitimidad de la mayoría de los Estados africanos, en un continente en el que muchos países obtuvieron la independencia sólo en los últimos 30 años. Pero el tiempo ha pasado y los gobiernos africanos contemporáneos no han conseguido la legitimidad y la aceptación popular, seguramente porque han fallado a sus ciudadanos. En muchos países africanos el nivel de vida es peor que hace 30 años. Hay excepciones notables –de nuevo, y sin que cause sorpresa alguna, Botsuana, Cabo Verde y Mauricio– donde el continuo éxito económico sostiene la legitimidad del Gobierno. Por otro lado, igual que el éxito económico protege en cierto grado contra los golpes de Estado, éstos minan la marcha de la economía. Además, como señala McGowan, entran en juego otros factores históricos y sociales. Los ejércitos africanos están a menudo formados por hombres que no pudieron ingresar en la Administración pública, el destino habitual de los mejores y más preparados del África poscolonial. Para mantener el control, los dictadores militares debilitan la Administración promoviendo a aduladores corruptos, puesto que saben que cuando el funcionariado está podrido en la cumbre, la reforma se vuelve casi imposible.

¿Qué podemos hacer entonces? En 2003, dos insurrecciones contra Gobiernos constituidos democráticamente –en la República Centroafricana y en Santo Tomé y Príncipe– ofrecen algunas lecciones interesantes. En este último, la rápida condena de la Unión Africana (UA) y Nigeria contribuyó al fracaso del golpe, aunque hay que admitir que las fuerzas armadas de Santo Tomé y Príncipe sólo cuentan con 900 soldados, y que menos de veinte protagonizaron la intentona. En la República Centroafricana, sin embargo, la sublevación suscitó la protesta internacional, pero no se ejerció una presión equivalente en la región.

Además de la presión política, la comunidad internacional puede esgrimir los privilegios económicos de la soberanía como arma contra los golpes de Estado africanos. Para la mayoría de los países del continente, la ayuda exterior es la ventaja clave de la soberanía. Los países donantes ricos podrían aliarse con la UA para retener la ayuda de los países africanos que organizan golpes de Estado o dañan la democracia de alguna otra forma. La UA se inspira, en muchos aspectos, en la Unión Europea, en la que la pertenencia depende de las prácticas

democráticas, y ofrece legitimidad política para estas acciones, pero carece de mecanismos para hacerlas cumplir. En cambio, los países donantes controlan los flujos de ayuda, pero carecen de legitimidad. Juntos podrían hacer de los golpes de Estado una lacra del pasado.

ENSAYOS, ARGUMENTOS Y OPINIONES DE TODO EL PLANETA

África, golpe a golpe. [Paul Collier](#)

Paul Collier es catedrático de Economía y director del Centro para el Estudio de las Economías Africanas en la Universidad de Oxford (Reino Unido).

Fecha de creación
11 septiembre, 2007